

GWEN GROSS



Victorian architecture
earthenware and mixed media

MARK DAVID MCGRAW

Mayan King

Lo supe en aquel momento, María. Lo supe el instante en que Miguel contestó, “Sí”. La pregunta fue inocua, sencilla. Pero lo supe. El vendedor le murmuró, “¿Puede ver este lugar como su base de operaciones?” y Miguel contestó, “Sí”, bien quietito como si estuviera drogado. Lo que realmente me molesta es que sea la memoria más fuerte que tengo de Miguel. Y no quiero que sea así.

Era miércoles. El vendedor caminaba al lado derecho de Miguel y yo los seguía uno o dos pasos atrás. Caminábamos al lado de una alberca enorme, una alberca con forma de grandes burbujas que medía, no sé...unos ciento cincuenta metros de largo. Sí, una cosa impresionante. El colmo de lujo, ¿no? Albercas grandes al lado del mar. Como si el mar no bastara para bañarse. Y esa fue una de las muchas que había en el resort. El complejo de albercas estaba rodeado por palapas con sillas de playa alineadas con precisión milimétrica. Se veían los techos de los edificios del resort contruidos como las pirámides mayas emergiendo como templos desde la selva. Sí, de veras. Pirámides tan grandes como las de Chichén Itza, pero hechas de concreto pintado o algo así, no sé. Aún no hacía demasiado calor y los meseros comenzaban a traerles bebidas y hasta cócteles a los pocos clientes que tomaban el sol a las nueve y media de la mañana. Yo me sentía incómoda caminando allí. Trataba de enfocarme en el sonido de las olas y el olor del mar.

Y en esa belleza, en la perfección del resort, el vendedor le preguntaba a Miguel, “¿Puede ver este lugar como su base de operaciones?”

Le habían regalado una semana en ese resort por haber cumplido los veinticinco años de servicio como policía municipal. Hubo una ceremonia. El jefe del departamento en Guanajuato lo felicitó y le estrechó la mano, y el fotógrafo oficial de la comandancia sacó una foto. Todavía debe estar por allí. El jefe tiene puesta su sonrisa oficial, una sonrisa varonil y plástica bajo su bigote de Pedro Infante. Miguel se ve bajo y moreno, con una sonrisa de mueca dolorosa, intentando chuparse la panza. El jefe le dio un broche para su uniforme y un certificado. Luego el jefe levantó las manos y con su voz de don Francisco anunció, “¡y también una semana para dos en el resort Mayan King en Cancún!”

Bueno...nos habían tocado con la varita mágica. Conseguimos que mis padres cuidaran a los niños y nos fuimos manejando para llegar al resort en el día indicado. Conversamos muy poco en el viaje. No sabíamos ni qué hacer ni qué decir. Jamás, ni siquiera en la luna de miel, habíamos tomado unas vacaciones así. El presupuesto y el horario de trabajo siempre dictaban que pasáramos un par de días aquí y allá, en la casa de sus parientes o los míos.

El plan fue manejar por dos días enteros para llegar al resort el lunes, pero se nos echó a perder la transmisión en Veracruz y perdimos un día de viaje y setecientos dólares. Resulta que la semana de vacaciones fue, en realidad, cinco días, del lunes a viernes. Y como te dije, perdimos el lunes con la reparación del coche.

Cuando el martes en la tarde por fin llegamos al portalón del resort, el guardia de turno nos dijo, “No hay estacionamiento para los empleados dentro del resort.”

“Somos huéspedes, güey,” replicó Miguel. Así se lo dijo.

El guardia llamó al lobby y nos dejó pasar. Dejamos el coche en el estacionamiento entre los BMW y Mercedes nuevos y alquilados.

El lobby era toda una belleza, María, créeme. Largas columnas, mostradores el tamaño de elefantes, todo hecho de mármol. Y cuando nos registramos en el mostrador, no tenía la reserva bajo nuestros nombres, lo que provocó unos momentos de ansiedad, claro. Pero apenas Miguel dijo el nombre de su jefe, el muchacho encontró la reserva y nos trató con mucha amabilidad. También nos dijo que había un desayuno gratis a las ocho en la mañana, y que el desayuno era parte de una presentación sobre las oportunidades de ser socios al resort. Bueno, claro que no le prestamos mucha atención. Seguramente un desayuno gratis se trataría de un pan dulce de hace un par de días y un nescafé. Un joven botones intentó cargar nuestras maletas en una carreta y le preguntó a Miguel nuestro número de habitación. Pero Miguel le dijo que íbamos a llevar nuestras maletas nosotros mismos. El

cuate hizo una mueca y se marchó despechado. Nos fuimos a la habitación, cansados del largo viaje. Lo único que queríamos era relajarnos. La habitación que nos tocó era realmente bella. Fría como un refrigerador, de verdad, el aire acondicionado estaba a lo más frío. Todo limpio, nuevo y ordenado con mini bar y una tele de pantalla grande. El baño olía a cloro. Pero fuerte. Miguel se sentó al pie de la cama a menos de un metro de la pantalla grande y trató de encender la tele para ver los resultados de los partidos de fútbol. Yo me paré mirando a un cuadro que tenían allí sobre la cama. Enorme, el cuadro, de óleo, supongo, porque se veían los trocitos de pintura que formaban las olas del mar. En toda la extensión de la playa había una sola persona caminando. Una persona tan chica que no se veía como hombre o mujer. Apenas un puntito de pintura negra y me quedé mirándolo por mucho tiempo. Miguel no supo cómo usar el control remoto. Y menos mal pensaba yo. Yo quería unos días sin tener que escuchar la tele todo el día. Tú sabes, María, que cuando Miguel llegaba a casa en la tarde tenía la tele prendida todo el tiempo. Deportes, noticias, programas de realidad. Hasta que salía a la chamba en la mañana.

Encontré en la mesita de noche un menú en inglés de “Room Service” e inmediatamente quedé fascinada con la idea de pedir comida a la habitación. Pedimos un bistec cada uno y una botella de vino tinto como si fuéramos unas estrellas de telenovelas. Y después, nos duchamos y nos reímos al vernos en las batas blancas del resort que nos quedaron demasiado grandes. E hicimos el amor como antes cuando estábamos recién casados. No...pos, sí... qué quieres que te diga.

En la mañana el día siguiente nos levantamos y bajamos por un cafecito y el periódico. Y lo curioso es que no había nada. Hasta los pinches hoteles del D.F. tienen donde tomar desayuno allí pegadito al lobby. Una muchacha vestida con el polo del resort que andaba con portapapeles nos agarró. Bien bonita la chica. Una especie de Barbie mexicana. Se veía que venía de una familia pudiente. Bueno, se nos acercó y nos preguntó si nos habíamos apuntado para el desayuno gratis de ese día. Nos miramos y no le dijimos nada y ella se puso a hablar súper rápido y nos dijo que deberíamos ir al desayuno porque iba a estar bien pero bien padre y tendríamos que escuchar a una charla de unos cuarenta y cinco minutos mientras que comíamos y nada más y no había obligación de comprar nada. Y ya que teníamos hambre hicimos cola en la banqueta afuera del lobby y quince minutos después, ya íbamos en un carrito de golf manejado por unos empleados a una parte del resort que no habíamos visto.

Nos dirigieron a un buffet de desayuno como algo de otro mundo. Enorme, te digo. Fruta, chilaquiles, machacado, migas,

café con leche, jugos, todo, todo, todito. Llenamos nuestros platos y fuimos a una mesa a pesar de que normalmente no comemos mucho desayuno. Miguel me susurró, “Hay que aprovechar”. Se nos acercó un tipo, bien fornido y elegantemente vestido, uno de los tantos jóvenes, vestidos más o menos iguales, que andaban por allí presentándose a los huéspedes. Nos preguntó nuestros nombres, abrió una carpeta de cuero que llevaba y nos dijo que era nuestro guía. Se llamaba Daniel.

Se puso a hablar sobre el hotel, que en realidad es parte de una cadena de hoteles que hay por todo México. Y comenzó a decirnos, bueno, decirle a Miguel sobre la oportunidad de ser socios del resort, poder volver todos los años, ser inversionistas en los bienes raíces en la industria más rentable de México: el turismo. Terminamos el desayuno y Daniel nos llevó a una habitación más moderna y más padre que la nuestra. Nos dijo, “Esta es una de las nuevas. Si llegan a ser socios, ustedes pueden alojarse en una de estas la próxima vez que vengan.” Hablaba muy rápido y muy seguro de sí mismo, pero nunca mencionó los precios. Y luego nos llevó en un tour caminando por gran parte del resort. Volvimos a un salón grandísimo. Mesas y mesas con otros huéspedes y otros vendedores. Daniel nos puso en una mesa con vista al mar y se sentó con nosotros al otro lado de la mesa. Le explicó a Miguel los porcentajes y proyecciones y ganancias y no sé qué más. El sol empezó a pegar el vidrio del salón y ya hacía calor. Daniel sudaba la gota gorda. Yo no prestaba atención a su conversación. El sonido era como el murmullo de los coches que pasan en la carretera en el silencio de la mañana cuando te levantas temprano para preparar el café.

Bueno, nos ofrecieron un precio especial. Daniel dijo que fue porque Miguel era policía, una forma de agradecimiento por su servicio. Dijo que era un precio reducido cuya oferta caducaba ese mismo día. Terminamos firmando un contrato y nos regalaron una beach bag de lona que tenía impresa la caricatura de un jalapeño con sombrero puesto y botella de mezcal en la mano. Cuando salimos era la una de la tarde. Ya no había carrito de golf para llevarnos de vuelta a nuestro edificio. Nos costó trabajo encontrarlo. Mientras que buscábamos nuestro edificio pasamos por la construcción de una pirámide nueva. Había un centenar de trabajadores allí con cascos, muchachos más o menos tan bajitos y morenos como nosotros, subiendo y acomodando las piedras como ladrillos grandes. Me extrañaba que no tuvieran máquina para hacer eso.

La verdad es que la pasamos requetebién el resto de la semana. Comimos en restaurantes todos los días, caminamos por la playa y dormimos como chanchitos en la sombra de los palapas en la pla-

ya. Nos bañamos en el mar, lo que me asustó un poco ya que no sé nadar. Y fuimos con los turistas en el bus del resort a Cancún. Te digo una cosa: Cancún, no me lo gustó. La playa que está en lo que se conoce como La Riviera Maya es muy bonita, hermosa—diría yo, ¿pero Cancún? ¡No! En Cancún nada más hay dos cosas: bares y tiendas de baratijas y chucherías. Para hacerte el cuento corto, me da vergüenza ser mexicana. Cancún es un México de caricatura en donde se venden camisetas y tequila que hasta el más borracho no tomaría. Yo sé muy bien que la zona vive del turismo y todo eso...pero si los gringos vienen a comprar la misma basura que tienen allá...eso no habla bien de ellos. O de nosotros, no sé. El penúltimo día allí en vez de andar por Cancún tomamos el bus a Puerto Morelos, un pueblito pesquero mucho menos turístico. Y la pasamos muy bien. ¿Y sabes qué? No hablamos de lo del contrato. Ni una palabra. Pero no creo que yo dejara de pensar en ello en todo el resto de la semana.

Volvíamos a Guanajuato y el mes siguiente nos tocó comenzar a pagar los plazos del resort. Fue difícil, te digo, pero claro, queríamos volver el siguiente año. Lo pagamos por casi un año, hasta el día en que Miguel murió en la comisión a Sinaloa. Una cosa increíble, María. Miguel me dijo que nunca había disparado su pistola en sus veinticinco años de servicio en Guanajuato. Y lo mandan como una especie de comando a pelear con los narcos... Supongo que eso es lo que quiere decir “mano dura”. Bueno, como sabes, fueron varios los que murieron en Sinaloa. Pero no puedo dejar de pensar en qué estaría pensando cuando estaba muriendo. ¿Pensaría en mí? ¿Se sentiría solo?

Ah, en fin...no vine a hablarte de eso. Lo que pasa es que... quiero que me hagas un favor, María. Sé que la familia querrá que yo sea enterrada al lado de Miguel en el panteón municipal de Guanajuato. Pero yo no quiero que me entierren allí. Yo quiero ir a Mayan King cuando me muera. Miguel lo entendería. Quiero que me cremes y me esparzas en la playa del resort. Es el último lugar donde fuimos felices.